

China y Corea del Norte: Crónica de una reconciliación forzada

La aparición de Kim Jong-un en Pekín tras seis años de inacción marca el regreso de la influencia china. Pero tras esta coreografía se esconden crisis y tensiones económicas.

ANDREA FERRARIO-25 DE SETIEMBRE DE 2025

El 3 de septiembre de 2025, en el podio de la Plaza de Tiananmén, tres hombres presentaron al mundo la imagen de un nuevo orden geopolítico. Xi Jinping en el centro, Vladímir Putin a su derecha y Kim Jong-un a su izquierda. El desfile militar que conmemoraba el octogésimo aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi se transformó así en algo diferente, una declaración de intenciones que trascendió con creces la conmemoración histórica.

Para Kim Jong-un, ese momento representó la culminación de una estrategia paciente. Tras seis años de ausencia de China, el líder norcoreano debutó en la diplomacia multilateral con todos los honores propios de un jefe de Estado prominente. El protocolo chino lo situaba inmediatamente después de Putin en la jerarquía de invitados, una posición que contrastaba drásticamente con el aislamiento internacional que su país había experimentado apenas unos años antes.



La decisión de China de otorgarle este trato al líder norcoreano reveló cálculos estratégicos precisos. Ante la ausencia de líderes occidentales en la ceremonia, Pekín

sintió la necesidad de llenar el escenario con aliados creíbles. Kim Jong-un, fortalecido por su apoyo militar a Rusia en Ucrania y su reciente entendimiento con Putin, representa una pieza valiosa en este mosaico geopolítico. Su presencia aportó sustancia visual a lo que de otro modo se habría percibido como una muestra de aislamiento en lugar de fuerza. Sin embargo, tras la coreografía cuidadosamente orquestada, ya empezaban a surgir los primeros indicios de las tensiones que caracterizan a este triángulo. La ausencia de una cumbre trilateral formal, a pesar de las especulaciones en vísperas de la reunión, reveló cómo los tres líderes prefirieron preservar su margen de maniobra autónomo mediante conversaciones bilaterales por separado, evitando compromisos excesivamente vinculantes. China, en particular, demostró su deseo de reafirmar su influencia sobre Pyongyang sin, no obstante, vincularse excesivamente a las aventuras militares rusas.

El mensaje a Washington fue claro: el intento de aislar a estos países mediante sanciones y presión diplomática tuvo el efecto contrario, impulsándolos hacia una convergencia estratégica. Pero el mismo énfasis en la dimensión simbólica del evento finalmente reveló los límites estructurales de esta alianza, aún basada más en la oposición común que en proyectos compartidos.

De la ruptura al acercamiento: La era glacial de seis años entre China y Corea del Norte

Tras la coreografía de la Plaza de Tiananmén se esconde una historia reciente de tensiones y malentendidos que, en los últimos años, han llevado las relaciones entre Pekín y Pyongyang a su punto más bajo. El deterioro comenzó inmediatamente después del fracaso de la cumbre de Hanói en febrero de 2019, cuando Kim Jong-un descubrió con amargura que sus concesiones a Donald Trump eran insuficientes para lograr el alivio de las sanciones. A partir de ese momento, el líder norcoreano comenzó a mirar hacia otro lado, convencido de que el camino de la diplomacia tradicional estaba cerrado.

La pandemia de COVID-19 ha transformado este enfriamiento político en un aislamiento físico total. En enero de 2020, Corea del Norte selló herméticamente sus fronteras, interrumpiendo además el comercio con China, que representaba aproximadamente el 90% de su comercio exterior. Este aislamiento autoimpuesto ha privado a Pekín de una de sus principales herramientas de influencia sobre Pyongyang, obligando a Xi Jinping a observar desde la distancia las acciones cada vez más audaces

de su atribulado aliado.

La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 marcó un punto de inflexión definitivo. Kim Jong-un aprovechó la oportunidad que le brindaba el conflicto para reposicionar estratégicamente a su país, ofreciendo a Putin municiones de artillería, misiles y miles de soldados. Esta acción representó un desafío directo a la influencia china y, por primera vez desde la Guerra de Corea, Pyongyang encontró en Pekín un socio militar alternativo, capaz de proporcionar tecnologías avanzadas y cobertura diplomática sin las restricciones que China había mantenido respecto al programa nuclear de Corea del Norte.

La firma de la Asociación Estratégica Integral entre Rusia y Corea del Norte en junio de 2024, con su cláusula de defensa mutua, representó la culminación de este distanciamiento de Pekín. Xi Jinping se encontró ante un escenario que los líderes chinos habían temido durante décadas: la pérdida de control sobre lo que consideraban su estado tapón más importante. La presencia de tropas norcoreanas en la región rusa de Kursk representó una provocación particular, demostrando que Kim Jong-un estaba ahora dispuesto a involucrar militarmente a su país en conflictos ajenos a la seguridad de la península de Corea.

Durante estos años de frialdad, China implementó una estrategia ambivalente, aplicando con mayor rigor las sanciones de la ONU para manifestar su descontento, pero evitando rupturas definitivas que podrían haber empujado a Pyongyang aún más firmemente a los brazos de Moscú. El comercio bilateral, que alcanzó los 2.800 millones de dólares en 2019, se desplomó durante la pandemia y desde entonces solo se ha recuperado parcialmente: en 2023, alcanzó apenas el 78 % de los niveles prepandemia, una clara señal de la persistencia de las tensiones.

Sin embargo, el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca en enero de 2025 alteró una vez más los cálculos estratégicos de ambos países. Para Kim Jong-un, la perspectiva de nuevas negociaciones con Washington requería una renovada diversificación de sus alianzas, evitando parecer demasiado vinculado a Rusia. Para Xi Jinping, la posibilidad de que Trump y Kim llegaran a un acuerdo sin la participación de China era un escenario que debía evitarse a toda costa. Así, la invitación al desfile militar de septiembre se convirtió en una oportunidad para que ambos probaran la posibilidad de un acercamiento, aunque cada uno mantenía sus propias reservas y objetivos

estratégicos.



La economía como talón de Aquiles: las debilidades estructurales del triángulo

Sin embargo, el acercamiento chino-norcoreano ha tenido que afrontar realidades económicas que amenazan la estabilidad de todo el eje. Mientras los líderes intercambiaban sonrisas y apretones de manos en Pekín, sus países se enfrentaban a desafíos estructurales que amenazan cualquier ambición geopolítica a largo plazo. Corea del Norte atraviesa una de las peores crisis inflacionarias de su historia reciente, con el tipo de cambio informal disparándose de 8.000 wones por dólar en 2023 a más de 40.000 wones por dólar en 2025. Esta espiral descendente ha afectado duramente a las familias norcoreanas: una familia de cuatro que ganaba el equivalente a 38 dólares al mes en 2019 se encontró con un poder adquisitivo reducido a menos de 2 dólares.

La catástrofe económica tiene su origen en una reforma salarial mal concebida que generó inflación de demanda sin aumentar la productividad. En 2023, el régimen multiplicó por cincuenta los salarios estatales, inyectando enormes cantidades de liquidez en la economía sin aumentar la producción de bienes. El resultado fue devastador: el precio del arroz se disparó de 4.000 a 20.000 wones por kilogramo, mientras que el del maíz se triplicó de 2.000 a 6.000 wones. Considerando que los cereales representan aproximadamente el 70% del consumo doméstico, estos aumentos se tradujeron directamente en una crisis humanitaria silenciosa que afectó a millones de norcoreanos.

El intento del régimen de retomar el control sobre los mercados informales agravó aún más la situación. Las autoridades intensificaron las operaciones contra los jangmadang,

los mercados de vendedores privados que han sustentado aproximadamente el 70% de la economía real del país desde la hambruna de la década de 1990. Controles sorprendidos por parte de inspectores vestidos de civil, confiscaciones de mercancías no autorizadas y el cierre de centros comerciales enteros caracterizaron esta campaña. El régimen justificó estas medidas como necesarias para eliminar la influencia capitalista y reincorporar a los trabajadores a las fábricas estatales, pero el resultado práctico fue socavar las redes de supervivencia de las que depende la población.



La presión económica también ha alcanzado a Rusia, un socio crucial en la actual configuración geopolítica. Tras un crecimiento del 4,1% en 2023 y del 4,3% en 2024, las previsiones para 2025 se han desplomado a cerca del 1%. El fondo soberano de inversión ruso, que a finales de 2021 contaba con activos líquidos equivalentes al 6,5% de la renta nacional, se ha reducido al 1,9%, apenas suficiente para cubrir el déficit presupuestario de un año. El Banco Central ha subido los tipos de interés al 18% para combatir la inflación impulsada por la escasez de mano de obra relacionada con la guerra, creando un círculo vicioso que frena la inversión en sectores no militares.

Para China, apoyar a socios "problemáticos" ha planteado un creciente dilema económico y reputacional. Pekín se ha visto atrapado entre la necesidad de mantener a Corea del Norte dentro de su esfera de influencia y el riesgo de deteriorar aún más las relaciones comerciales con Occidente. El comercio entre China y Corea del Norte mostró indicios de recuperación en 2024, pero los volúmenes se mantuvieron muy por debajo de su potencial, en parte debido a la preocupación china por posibles represalias internacionales. La presencia de trabajadores norcoreanos en plantas procesadoras de pescado chinas, a menudo en condiciones que equivalen a trabajo forzoso, ha añadido un factor adicional a las relaciones bilaterales.

Paradójicamente, las primeras señales concretas de una posible distensión de las tensiones comerciales surgieron en los días posteriores a la visita de Kim a Pekín. En la ciudad fronteriza de Sinuiju, el tipo de cambio entre el won norcoreano y el yuan chino se desplomó repentinamente de 6.000 wones a 4.000 wones por yuan, tras los pagos anticipados de los socios chinos para la compra de materias primas como piñones, setas y hierbas medicinales. Esta repentina fluctuación del tipo de cambio, que los residentes locales describieron como una afluencia de "bolsas de yuanes", indicó un posible retorno al comercio tradicional, con China reanudando las compras de materias primas norcoreanas transformadas por fábricas norcoreanas en productos terminados para aumentar el valor añadido. Sin embargo, la persistencia de precios altos a pesar de la mejora del tipo de cambio puso de relieve lo profundamente arraigada que está la inflación en el sistema económico norcoreano.

La reanudación de las relaciones económicas se confirma con la evidencia recopilada a lo largo de la frontera chino-norcoreana, donde aumentan los indicios de un deshielo controlado. En Tumen, una pequeña ciudad fronteriza china, las obras de construcción de nuevos centros aduaneros y de inmigración al final de un puente transfronterizo están en pleno apogeo, mientras que imágenes satelitales muestran la construcción de una gigantesca nueva aduana donde se unen las fronteras de China, Rusia y Corea del Norte. El comercio bilateral en los primeros ocho meses de 2025 creció un 28% en comparación con el año anterior, volviendo a los niveles prepandemia. El regreso de los trabajadores norcoreanos a las fábricas chinas y la reanudación de las exportaciones de carbón a China, a pesar de las sanciones de la ONU, demuestran cómo Pekín está relajando deliberadamente los controles para recuperar su influencia sobre Pyongyang.

El precio de la sangre: Ucrania y los límites de la alianza militar

Las fragilidades económicas del eje se han manifestado de forma más dramática en los campos de batalla ucranianos, donde el apoyo norcoreano a Rusia ha adquirido dimensiones que van mucho más allá del suministro de municiones. Estimaciones de la inteligencia surcoreana, presentadas al parlamento el 2 de septiembre, estimaron más de 2.000 soldados norcoreanos muertos en combate, una cifra que, si bien no está confirmada oficialmente, ha suscitado dudas sobre la sostenibilidad política de este compromiso militar. Esta generación pertenece a los llamados "hijos de Jangmadang", norcoreanos de entre veinte y treinta años que crecieron durante la expansión de los mercados informales tras la hambruna de la década de 1990. Este grupo demográfico

ha desarrollado valores diferentes a los de las generaciones anteriores y muestra una lealtad menos incondicional al régimen.

Kim Jong Un se enfrentó a la delicada tarea de gestionar el dolor de las familias que perdieron a sus hijos en una guerra lejos de la península de Corea. Según informes de los medios de comunicación norcoreanos, el líder se reunió personalmente con las familias de los caídos, se disculpó por no haber protegido sus vidas y entregó personalmente a cada familia un retrato del soldado caído envuelto en la bandera nacional. Estos gestos, inusuales en la tradición política norcoreana, revelaron la conciencia del régimen de que incluso un dictador absoluto debe lidiar con segmentos de la población que no puede permitirse aislar. El declive demográfico del país ha hecho que cada vida humana sea más valiosa, amplificando el impacto emocional de las pérdidas militares.

La perspectiva de una posible conclusión del conflicto ucraniano ha añadido una capa adicional de incertidumbre a la alianza ruso-norcoreana. La historia ha enseñado a los líderes norcoreanos que Rusia tiende a abandonar a sus aliados cuando las circunstancias cambian: desde la falta de apoyo soviético durante la Guerra de Corea hasta los abandonos diplomáticos de la década de 1990. Este precedente ha impulsado a Kim Jong-un a buscar una diversificación de alianzas, lo que hace que el acercamiento a China sea aún más importante estratégicamente para evitar volver a verse aislado.



Silenzio sobre la desnuclearización: el nuevo statu quo nuclear

La convergencia estratégica surgida en Pekín marcó una transformación radical en el enfoque de la cuestión nuclear norcoreana. La ausencia del término «desnuclearización» en los comunicados oficiales de la cumbre chino-norcoreana

representó mucho más que una simple omisión diplomática: certificó el abandono definitivo de una fórmula que había sido la piedra angular de las negociaciones internacionales durante décadas. Si bien en reuniones anteriores entre Xi Jinping y Kim Jong Un, este concepto se mencionó al menos como un objetivo a largo plazo, para septiembre de 2025 había desaparecido por completo del léxico diplomático oficial, reemplazado por vagas referencias a la «paz y estabilidad» regional, sin ninguna conexión causal con el desarme nuclear.

La normalización del estatus nuclear de Corea del Norte quedó formalmente consagrada en la ley aprobada por el parlamento de Pyongyang en septiembre de 2022, que declaró a Corea del Norte un "estado irreversiblemente nuclear". Kim Jong-un basó su legitimidad interna precisamente en este logro estratégico, presentando las armas nucleares como la única garantía de la supervivencia del régimen y la independencia del país. La visita de Kim a las instalaciones de investigación de misiles en los días previos a su partida hacia Pekín, donde se mencionó públicamente por primera vez el misil balístico intercontinental Hwasong-20 de nueva generación, subrayó cómo el programa nuclear sigue siendo fundamental para la estrategia norcoreana, independientemente de las iniciativas diplomáticas con China.

La aceptación tácita de esta realidad nuclear por parte de Pekín y Moscú ha alterado radicalmente los parámetros de cualquier negociación futura con Washington. Trump se encontrará frente a un Kim Jong-un, fortalecido por el apoyo implícito de sus aliados estratégicos y convencido de que puede negociar desde una posición de fuerza, sin la presión de elegir entre la seguridad del régimen y un programa nuclear. La desaparición de la desnuclearización como condición previa para la normalización, al menos para China, ha abierto un escenario en el que cualquier acuerdo futuro probablemente deberá limitarse al control de armamentos y la gestión de riesgos, aceptando en la práctica la existencia de una Corea del Norte con capacidad nuclear. Este nuevo equilibrio estratégico ha complicado la posición de Seúl, que se ve obligada a gestionar una amenaza nuclear permanente a sus puertas con solo un apoyo parcial de sus aliados tradicionales.

Mirando hacia el futuro: la sostenibilidad y las contradicciones del triángulo

La sostenibilidad a largo plazo del eje surgido en Pekín debe afrontar contradicciones estructurales que la retórica de la solidaridad estratégica se esfuerza por disimular. La

historia ofrece precedentes inquietantes. La última vez que los líderes de China, Rusia y Corea del Norte se reunieron en la Plaza de Tiananmén fue en 1959, pero al año siguiente, Mao Zedong y Nikita Khrushchev se vieron envueltos en una disputa ideológica que incluso desembocó en enfrentamientos armados en el río Ussuri en 1969.

Las alianzas basadas más en la oposición a un enemigo común que en objetivos compartidos han demostrado históricamente una fragilidad intrínseca, y el triángulo actual exhibe una dinámica similar: cada miembro persigue objetivos nacionales que a menudo entran en conflicto con los de sus aliados.

Las diferencias en los objetivos estratégicos entre Pekín y Moscú son cada vez más evidentes. Mientras China aún mantiene la esperanza de impedir que Corea del Norte desarrolle un arsenal nuclear plenamente funcional, temiendo que esto pueda impulsar a Japón y Corea del Sur a adquirir armas nucleares, Rusia parece decididamente menos interesada en frenar las ambiciones militares de Pyongyang. De hecho, algunos funcionarios sospechan que Moscú podría incluso haber ayudado a Corea del Norte a lograr avances recientes en su programa nuclear al proporcionarle tecnologías que China se ha negado sistemáticamente a compartir. Esta divergencia fundamental sobre las armas nucleares de Corea del Norte representa una profunda fractura en la aparente solidaridad del triángulo, que se agudizará a medida que el programa de Pyongyang se acerque a su plena operatividad. Además, las presiones demográficas y económicas internas amenazan la cohesión trilateral incluso más que las sanciones occidentales.



Los cálculos estratégicos de cada miembro revelan prioridades divergentes que podrían

socavar la alianza. Para Xi Jinping, Taiwán sigue siendo el principal objetivo estratégico, y apoyar a Rusia en Ucrania o a Corea del Norte en sus provocaciones nucleares solo tiene sentido si distrae a Washington del Pacífico Occidental. Putin necesita a sus aliados para impulsar y legitimar su guerra, pero sabe que una vez finalizado el conflicto ucraniano, tendrá que renegociar todas las relaciones con base en el nuevo equilibrio de poder. Kim Jong-un busca maximizar los beneficios obtenidos por ambos socios mientras prepara el terreno para posibles negociaciones con Trump.

La fragilidad del acercamiento chino-norcoreano se evidencia claramente en el análisis de la cobertura mediática nacional. Las declaraciones norcoreanas sobre las conversaciones con Xi Jinping fueron inusualmente vagas y breves, sin las fórmulas que previamente indicaban una alineación estratégica, como "entendimiento compartido", "acuerdo unánime" o "consenso alcanzado". Kim Jong-un omitió cualquier expresión de satisfacción con el estado actual de las relaciones, una señal que contrasta marcadamente con el énfasis puesto en las relaciones con Putin, descritas en términos de "profunda confianza fraternal" y "relaciones personales especiales". Este lenguaje diplomático revela que, a pesar de la coreografía de Tiananmén, Pekín y Pyongyang aún no han restablecido plenamente la confianza mutua.

Gestionar las expectativas populares representa un desafío creciente para los tres regímenes. En Corea del Norte, la "generación Jangmadang", que creció en la economía informal de mercado, muestra signos de impaciencia ante las constantes movilizaciones y sacrificios necesarios para sostener las aventuras militares en el extranjero. En Rusia, la prolongación del conflicto ucraniano está erosionando el consenso social construido en años anteriores, mientras que en China, la retórica nacionalista debe enfrentarse a una población cada vez más alerta ante los costos económicos de las tensiones internacionales. Ninguno de los tres líderes puede permitirse ignorar por completo las presiones internas, y esta limitación limita su capacidad para asumir riesgos excesivos en su confrontación con Occidente.

Los límites estructurales de la influencia de China sobre Pyongyang se manifiestan incluso en la realidad física a lo largo de la frontera compartida. Mientras Pekín construye frenéticamente infraestructura aduanera y puentes para facilitar el comercio, no hay indicios de construcción en el lado norcoreano de la frontera cerca de Tumen, en marcado contraste con la frontera ruso-norcoreana, donde se han realizado obras simultáneamente en ambos lados desde mayo pasado. Esta asimetría en la respuesta en

materia de infraestructura refleja una realidad más amplia: incluso cuando China tenía mayor influencia, tuvo dificultades para dirigir las decisiones de un país al que un funcionario chino describió en 2009 como un "niño mimado". La continuidad del proceso diplomático, evidenciada por la próxima visita de la ministra de Asuntos Exteriores norcoreana, Choe Son-hui, a Pekín y las especulaciones sobre la posible participación de Xi Jinping en el desfile militar del 10 de octubre que conmemora el 80.º aniversario del Partido de los Trabajadores de Corea del Norte, no puede ocultar esta disparidad fundamental en las expectativas mutuas.

Las contradicciones internas del triángulo eventualmente emergerán, abriendo espacios que actualmente parecen cerrados. La estrategia de "máxima presión" de Washington ha logrado el efecto contrario al declarado, consolidando una alianza que antes no existía. Seúl continúa cultivando la ilusión de que la presión militar puede cambiar un régimen ahora firmemente nuclearizado y apoyado por dos potencias globales. Los costos internos de mantener el eje China-Rusia-Corea del Norte podrían, en última instancia, superar los beneficios estratégicos percibidos, pero el momento y las modalidades de este proceso siguen siendo impredecibles. El equilibrio de poder actual no es necesariamente permanente, y las ilusiones de un retorno al pasado son, en cualquier caso, cosa del pasado.